



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE JULIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Cuartos encendidos

LA PERCEPTIBLE CALMA PREVIA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Los Robinson vivían en una casa de madera de tres pisos. En la planta baja se situaban la cocina, el comedor, la sala y el porche: donde la señora Robinson solía fumar. En el piso de arriba había tres recámaras. La del señor y la señora Robinson, el cuarto donde dormían sus gemelos de dos años y la recámara de Nancy, la hija de siete años. En el tercer piso se situaban otras dos habitaciones, una de ellas con vistas al mar y en la que era imposible aislar el murmullo de las olas. En esa pieza estaba situada la computadora, la cual permanecía encendida las veinticuatro horas del día, con conexión inalámbrica a internet. La señora Robinson subía cada dos o tres días a revisar su cuenta de correo electrónico y alguna que otra publicación aparecida en alguna revista literaria de Nueva York. No contaba con cuenta de Instagram y pocas veces ingresaba a Facebook. Ella prefería pasar las tardes en la sala, tomando una copa de vino frente a la chimenea, leyendo una novela, hasta que de pronto se levantaba y salía al porche a fumar un cigarrillo, a ciento cincuenta metros de las rocas incrustadas sobre la orilla del mar.

La semana había transcurrido con la tranquilidad acostumbrada del otoño. El señor Robinson voló el lunes a California y había regresado el jueves por la noche. La señora Robinson contaba con la ayuda de una empleada doméstica para las labores de la casa. El viernes por la mañana, los Robinson se levantaron a las nueve de la mañana, desayunaron huevos "sunny side up" y una rebanada de pan con mantequilla. Tomaron café negro en la sala y el señor Robinson habló del negocio que lo había llevado a viajar de costa a costa esa semana.

Se trataba de una reunión con una empresa que diseñaba lámparas de madera para una compañía que era fabricante. Distribuían sus lámparas de techo y piso a través de una cadena internacional de tiendas para artículos del hogar y cuya operación se extendía a casi todo el mundo. El reto para la empresa consultora del señor Robinson era entender los mercados de Medio Oriente para que la firma diseñadora de lámparas pudiera establecer actividades comerciales allí, forjando alianzas con empresas de países árabes que estuvieran abiertas para entablar relaciones económicas de manera inmediata.

"¡Eso suena muy complicado!", dijo la señora Robinson bostezando y un tanto aburrida, más bien ansiosa por reiniciar la lectura que había dejado pendiente el día anterior. El señor Robinson supo que era momento de cambiar de tema y posteriormente dirigirse a su oficina. Terminaron sus cafés comentando la necesidad de comprar insecticidas eléctricos para los mosquitos, dada la inminencia de la reunión del sábado en la que serían anfitriones. La señora Robinson se haría cargo.

El día transcurrió con la suavidad del otoño para la señora Robinson. Alcanzó a leer cincuenta páginas de la novela en la que estaba enfrascada y saboreó media botella de un Cabernet Sauvignon italiano. Por la noche, cuando su marido regresó, cenaron salmón y espárragos. La pequeña Nancy prefirió un plato de cereal con pasas y rebanadas de plátano, acompañado por un vaso de malteada de fresas.

A las diez de la noche, la familia dor-



mía imperturbable. El mar se columpiaba lentamente sobre la cama de arena y las gaviotas dormían en la playa. Un olor a madero quemado subía desde la sala hasta la recámara de la pequeña Nancy. De pronto, la niña despertó. Escuchó el crujir de la escalera junto a su recámara. Se levantó y el golpe del humo azotó su rostro. Abrió la puerta y alcanzó a ver en la pared: las sombras blancas del fuego provenientes de la sala. Gritó aterrorizada. Y su grito agudo, profundo como la hondura del mar, fue y se metió en cada rincón de la casa, despertando a los gemelos en sus cunas, quienes unieron sus voces al clamor de la niña para despertar intempestivamente a los Robinson.

Cuando los padres abrieron su puerta, el fuego comenzaba a despedazar el piso que llevaba a la recámara de la pequeña Nancy. Atravesaron la puerta del cuarto donde se encontraban los gemelos y cada uno cargó con uno entre los brazos. Volvieron al pasillo y llamaron a Nancy, le suplicaron que atravesara el corredor en llamas hacia ellos, para poder escapar por la escalera trasera que daba al porche. En un instante, la niña desapareció tragada por el fuego que derrumbó el piso sobre el que se encontraba parada...

Cinco años después, los Robinson y sus gemelos encontraron paz al sur del país. Decidieron vender a una constructora el terreno que había quedado en ruinas. Volvió a levantarse una casa de madera de tres pisos y ahora se dice que ahí, por las noches, cuando el mar se aquieta más de lo acostumbrado y las gaviotas guardan su vuelo, un sonido agudo, casi imperceptible, puede oírse desde las habitaciones.

LOS DÍAS QUE NO VOLVERÁN
OLGA DE LEÓN G.

¿Por qué algunas veces, más de las deseadas, todos sin excepción, recurrimos al recuerdo, a nuestro pasado, para reconocer la felicidad que ahora creemos no tener o que hemos perdido para siempre?

Yo qué sé, o a lo mejor sí tengo algu-

nas ideas al respecto, pero no importan. No soy filósofa (aunque esa es la carrera que estudié), ni mujer sabia (aunque sí algo vieja), ni adivina, menos bruja o hechicera.

Por ahora, solo juego a que inicio mi entrega para este domingo, con algo de reflexión y tratando de evitar escribir con mi personalidad de hormigueta -que, en lo personal, me encanta ese disfraz, amo a mi hormigueta colorada-. Lo hago en atención a un dilecto amigo de mi esposo y ahora también mío, quien vino a casa a dejarnos unas medicinas que no había podido conseguir.

Resulta que, platicando sobre mi actividad de escritora en el periódico, salió a colación la hormigueta... Y me he enterado que, con ella, son los cuentos de mi autoría que a José Luis no le gustan, le parecen historias para niños. Lo cierto es que no son para niños, pero sí son un tanto añiñadas o blancas, o tiernas, o poco comprometidas y sirven para mucho de lo que quiero decir, sin decirlo rudamente.

Pero nuestro amigo es bastante serio -aunque se sabe reír, incluso de sí mismo-, reflexivo y crítico incisivo de las injusticias, entre otras cosas. He de decirlos que las ideas que me revolotearon en la cabeza para escribir en lo que se publica hoy, surgieron el viernes -día muy pesado para mí, y de llanto incontrolable: lloré toda la mañana, desde antes de las nueve, hasta bien pasado el mediodía: el golpe de la noticia recibida en cierto consultorio, de cuyo título no quiero acordarme, no solo doblaron mi espalda y mis rodillas, sino también el espíritu que procuro mantener en alto y luchando por la vida...

Pero, así es la vida, y nadie nos ha dicho que seremos eternos, ni blandos, ni dulces, ni hermosos siempre. La muerte está agazapada, al asecho y, las más de las veces, oculta en los mejores momentos de nuestras vidas. Claramente ha venido amenazándonos desde hace poco más de dos años. Tanto así, que a veces siento que duermo con la muerte en mi

cama, a un lado, en el otro, sobre mi cuerpo, el de mi esposo o que me mira desde el techo, en espera de que me desquite, para darme el susto mayor, que nadie deseamos recibir.

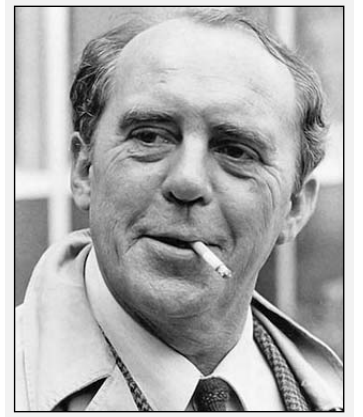
Donde nunca está es debajo de la cama... Por una simple razón, la base del colchón ya no tiene patas: se las quitamos para subir y bajar con mayor seguridad y comodidad. Por eso, allí no se esconde la huesuda, ni su espectro, la muerte: al menos, por ese lado dormimos tranquilos.

Como les venía yo contando, muy a mi estilo de circunloquios y rodeos, esa mañana del viernes, estando en la sala de la Coordinación Médica de nuestros Servicios de salud, con la ficha número 26 y con 15 derechohabientes por delante de mí (la Ma. Magdalena personificada), me encontraba desesperada por lo que me tardaría en recibir atención.

... Y, la chica que cuidaba en casa a mi esposo, llamándome insistente para decirme que la situación estaba saliendo de sus manos, pues tenía que irse antes de las dos de la tarde. En un acto de desesperación, le dije: pues déjeme así y váyase a la hora que necesita hacerlo, no importa que me deje la casa sin llave: yo no puedo irme hasta que tenga las medicinas: silencio del otro lado del auricular y de este, corte de la comunicación...

Para cerrar con broche de oro, uno de los médicos que atienden vino a la Sala de espera y muy serio, pidió que guardáramos silencio para que escucháramos cuando nos nombraran. Me levanté de la silla y me dirigí a la última fila, casi en su totalidad formada por dicharacheros compadres que no hicieron caso al médico y grité: "Que se callen", como parece que no escucharon al doctor, se los digo yo, "la maestra ha hablado".

Pues sí mi hormigueta querida, me salí de mis casillas, y ni pena me dio. Antes bien, me sentí mejor.



Heinrich Böll

(Colonia, 1917 - Langenbroich, 1985) Escritor alemán, premio Nobel de Literatura en 1972. Hijo de un escultor, terminada la escuela inició su aprendizaje como librero. En 1938-1939 tuvo que prestar el servicio de trabajo. Concluido éste, comenzó a asistir a la universidad, pero desde el verano de 1939 hubo de servir en el ejército hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial y estuvo prisionero en un campo estadounidense en el este de Francia.

En 1945 volvió a Colonia, donde estudió lengua y literatura alemanas, al tiempo que trabajaba en una ebanistería, y en 1947 empezó a publicar en prensa y a escribir dramas radiofónicos. Desde 1951 se dedicó a escribir y traducir y pasó largas temporadas en Irlanda.

A una primera etapa creativa, en la que hizo una "literatura de guerra, ruinas y retorno a la patria", según declaraciones propias, se adscriben una serie de relatos y novelas breves que evocan la atroz experiencia del conflicto bélico y las penurias de la posguerra inmediata. El tren llegó puntual (1949), su primer relato, se enfrenta ya con el absurdo de la guerra: un soldado de permiso cree, en el momento de volver al frente, que pronto morirá, y resulta sin embargo el único superviviente de su grupo. En el relato se emplea la técnica de plano amplio y la elisión, propias de la narrativa norteamericana, para retratar el ambiente bélico.

En la novela Y no dijo una sola palabra (1953), un hombre, perdidas las referencias por la guerra y la posguerra, es arrancado de su letargo y devuelto a casa por la separación provocada por su mujer. Plantea así la visión católica de la indisolubilidad del matrimonio y de la autodestrucción por la falta de ataduras. Se aprecia en esta obra la influencia de Ernest Hemingway y James Joyce en la precisa observación, la objetividad del lenguaje, la densidad expresiva y la repetición de palabras como recurso musical.

La novela Casa sin amo (1954) describe las miserias de un niño de once años huérfano de padre, los problemas de la vida familiar de posguerra y el mundo de los adultos desde el punto de vista del niño, mediante rasgos tanto de severa crítica social como grotescos y satíricos. El relato El pan de los años jóvenes, por su parte, cuenta la redención del narrador con respecto al materialismo de la época por un amor de posguerra. Billar a las nueve y media (1959), otro de sus títulos más significativos de aquellos años, intenta simbolizar, a través de la historia de una familia renana durante tres generaciones, el destino histórico de Alemania en la primera mitad del siglo XX.

A partir de los años sesenta parece iniciar una nueva etapa caracterizada por un mayor compromiso con lo que él llamó "estética de lo humano", a favor de la libertad individual y contra cualquier forma de poder o imposición manipulados por una sociedad competitiva y alienante. El tono humorístico-grotesco, presente ya en el volumen de relatos Los silencios del Dr. Murke y otras sátiras (1958), gana terreno y virulencia en una de las novelas más populares de Heinrich Böll: Opiniones de un payaso (1963), cuyo protagonista, hijo de un magante renano, acaba integrándose en la galería de personajes marginales, rechazados e incomprensidos que pueblan buena parte de su narrativa.

Junto con Günter Grass, Siegfried Lenz y Uwe Johnson, con los que comparte su posición prominente, Heinrich Böll es considerado uno de los mejores narradores alemanes de la posguerra.

ad pèdem literae

No basta con hablar de paz. Uno debe creer en ella y trabajar para conseguirla

Eleanor Roosevelt

Letras de buen humor

Me aburren los ateos: siempre están hablando de Dios

Heinrich Böll

Mónica Lavín

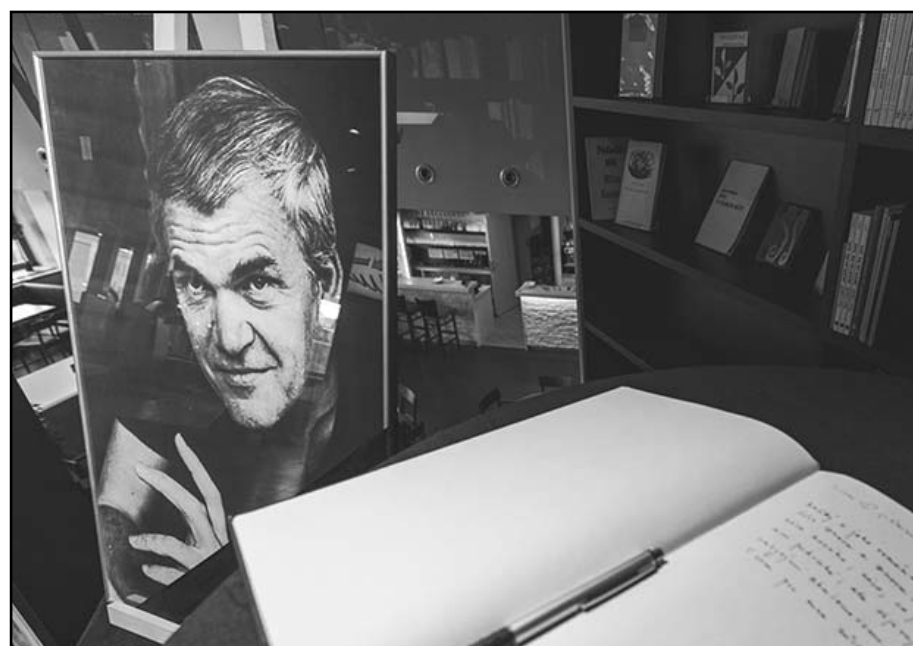
Los lectores que fuimos

Cada autor deja una huella del tiempo en que lo descubrimos o en que acompañó la conversación de la época y pasó a ser parte de nuestro ADN lector. Cuando pienso en los libros que han labrado nuestra conexión con el mundo a través de las palabras, convocando preguntas y asombros y dejando un sedimento de memoria, imagino el cuadro de Remedios Varo con aquel hombre en monociclo cuyo abrigo entreabierto es casa y donde se aprecia un estante pequeño con libros. Esos estantes libreros habitan nuestro cuerpo. Y Milan Kundera no puede faltar. En los 80 leímos La insostenible levedad del ser atentos a una nueva voz desde la Checoslovaquia que nos había dado a Franz Kafka, a Bohumil Hrabal, Václav Havel, invadida por los soviéticos en la Primavera de Praga de 1968, que nos confrontó con su particular forma de ver el mundo, de expresar el erotismo y un sentido crítico frente al totalitarismo. Comenzó el embrujo del novelista Milan Kundera, esa admiración frente a su conciencia crítica de la modernidad. En ese sedimento de la memoria guardo una escena de otra de sus novelas, La lentitud, novela que la crítica dijo que era (engañosamente) la más ligera. La historia se desarrolla durante un congreso de entomólogos en un castillo. El personaje al que le van a dar el reconocimiento sube al estrado y recibe, como es propio de esos momentos, un alud de aplausos y olvida sacar

del bolsillo del saco el discurso que lleva para la ocasión. Se percató de ello cuando ha regresado a su asiento.

El peso del ridículo es inmenso e incorregible. Claro que la novela es mucho más que eso: hay una crítica a la velocidad tecnológica y al narcisismo del individuo en medio de un encuentro en varios tiempos y coincidencias imposibles. Recuerdo esa escena como si la hubiera vivido, tanto del lado del auditorio que aplaude y del entomólogo que no sabe qué hacer con esa vergüenza. Es sobre todo una oportunidad perdida. Se hablará más de ese ridículo que del premio que ha recibido.

Kundera reflexionó sobre el espíritu de la novela. Hay escritores que lo han hecho y que son faros indispensables en una discusión contemporánea: Carlos Fuentes, amigo de Kundera desde el 68 en que García Márquez, Cotázar y él visitaron Praga, organizaba foros con escritores notables del mundo para hablar de la novela, como sería necesario hacerlo recurrentemente. Vargas Llosa no deja de pensar en ella desde que escribió La verdad de las mentiras. Goytisolo, Ortega y Gasset, Italo Calvino, Orhan Pamuk, Nadine Gordimer, Susan Sontag, Margaret Atwood, una larga lista y muchísimas reflexiones engranan una conversación fascinante. Atesoro el pequeño libro de ensayos de Kundera El arte de la novela, que la editorial Vuelta publicara en español en 1987. El



ensayo que abre "La desprestigiada herencia de Cervantes" y un artículo de 2006 (9 de octubre) publicado en el New Yorker: ¿Qué es un novelista? son boyas imprescindibles para pensar la novela. Los escritores siempre nos estamos preguntando para qué escribir, cuál es nuestro papel, el sentido de los libros. Kundera nos comparte: "Por lo tanto, si la razón de ser de la novela es mantener 'el mundo de la vida' permanentemente iluminado y protegernos contra 'el olvido del ser', ¿la existencia de la novela no es hoy más necesaria que nunca?" Porque la novela, como nos lo recuerda, nos mostró que su deseo es comprender, no juzgar, que el mundo no se puede

clasificar en buenos y malos, blancos y negros, porque el espíritu de la novela es el de la complejidad.

El conocimiento, su única moral, su sabiduría, la de lo incierto. Ahora que Milan Kundera ya no puede estar en la conversación, la conversación subsiste y está abonada por sus libros, por lo que hemos leído y no hemos leído de su legado. Como escribió: "El novelista es el único dueño de su obra, él es su obra." Indudablemente, la mejor manera de honrar su ausencia es leerlo y avivar el fuego de quienes somos a partir de su escritura. Empatar los lectores que fuimos con los que ahora somos.